

Décimo tercer domingo durante el año, Ciclo B

27 de junio de 2021
Mario Yamanouchi Michiaki
Obispo de la diócesis de Saitama

“Hija, tu fe te has salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad” (Mc 5.34)

Hermanos y Hermanas

Este domingo, el evangelista san Marcos nos presenta el relato de dos curaciones milagrosas que Jesús realiza en favor de dos mujeres: la hija de uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y una mujer que sufría de hemorragia. Vamos a comentar ambos hechos para que nos ayude a fortalecer nuestra fe en Jesús, como a Jairo y a la mujer enferma de hemorragias que fue curada por el Señor.

Jesús cura a la hija del jefe de la sinagoga (Mc 5.21-24,35b-43)

En el evangelio vemos que Jairo viene de vuelta de la sinagoga. A pesar de ser jefe de esa institución no ha encontrado en ella la salvación para su hija que está muy enferma. En el judaísmo, la sinagoga es la institución más importante después del templo, pero ve que no conduce a la vida. La hija de Jairo, en este caso, imagen del pueblo, está abocada a una muerte irremediable si no busca otra fuente de vida.

Por eso Jairo, tal vez desesperado y desilusionado con aquel viejo sistema, acude a Jesús, buscando vida para su hija. Y estando con él se entera de que su hija ha muerto: ¿Para qué molestar más al maestro?, le dicen. La gente piensa que se molesta al maestro pidiéndole que dé vida.

Jesús, en estas circunstancias extremas, no se arredra: “No temas, ten fe y basta...”. Para quien cree en Jesús, la muerte es un sueño del que se puede despertar. Los primeros cristianos lo entendieron así cuando comenzaron a llamar a la necrópolis (= ciudad de los muertos), cementerio (= dormitorio). Pero la gente que rodean a Jairo, no lo ve así, al enterarse de la muerte de la hija de Jairo, lloraba gritando sin parar –gesto de desesperanza total-, y que, cuando Jesús dice que la niña “no está muerta, sino dormida”, se ríen de él, considerando la situación irreversible.

Ante la incredulidad no hay nada que hacer. Por eso, Jesús echa fuera a la gente, pues para quien no cree, la muerte es el final, y entra a donde está la niña con sus padres llevando a tres con él a tres de sus discípulos más cercanos: Pedro, Santiago y Juan. Luego toma la mano de la niña y le dice: “Talita kum”, es decir, “Yo te digo, niña, levántate”. La niña que tenía doce años se levantó enseguida

Pero, hay algo que nos sorprende : cuando Jesús devuelve la vida a la niña, insista vivamente a los discípulos para que no digan nada a nadie.

Aquí podemos relacionar este hecho con lo que nos dice la primera lectura del libro de la Sabiduría (1.13-15,2.23-24) asegurando de que Dios no es el creador de la muerte, sino de la vida. Y Jesús es el portador de la vida que viene de Dios, así como lo dice en otro pasaje evangélico :”Vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (Juan10.10).

Al igual que Jairo, nuestra iglesia, si quiere seguir siendo la iglesia de Jesús, tendrá que salir al encuentro del Maestro, abriéndose para acoger a los que buscan ayuda y yendo al encuentro de los que sufren. Como dice el Papa Francisco: para que la Iglesia se renueve tiene que convertirse en una “Iglesia en salida”, es decir, abierta al encuentro, especialmente, con las

personas que sufren en la sociedad. Allí, sin lugar a dudas, nos encontramos con Jesús y su evangelio, y allí oiremos mejor las mismas palabras que Jesús le dirigió a Jairo: “No temas, ten fe”. Y es lo que san Pablo subraya hoy en la segunda lectura (2 Corintios 8.7,9,13-15).

La curación de la mujer que sufre hemorragias durante 12 años (Mc 5.25-35)

La escena es sorprendente. El evangelista Marcos presenta a una mujer desconocida como modelo de fe para las comunidades cristianas.

De ella podremos aprender cómo buscar a Jesús con fe, cómo llegar a un contacto sanador con él y cómo encontrar en él la fuerza para iniciar una vida nueva, llena de paz y salud.

A diferencia de Jairo, identificado como jefe de la sinagoga y hombre importante en Cafarnaúm, esta mujer no es nadie, es una total desconocida. Solo sabemos que padece una enfermedad secreta, típicamente femenina, que le impide vivir de manera sana su vida de mujer, esposa y madre.

Sufre mucho, física y moralmente. Se ha arruinado buscando ayuda en los médicos, pero nadie la ha podido curar. Sin embargo se resiste a vivir para siempre como una mujer enferma. Está sola. Nadie le ayuda a acercarse a Jesús, pero ella sabrá encontrarse la forma de encontrarse con él.

No espera pasivamente a que Jesús se le acerque y le imponga sus manos. Ella misma lo buscará. Irá superando todos los obstáculos. Hará todo lo que pueda y sepa. Jesús comprenderá su deseo de una vida más sana. Confía plenamente en su fuerza sanadora. La mujer no se contenta solo con ver a Jesús de lejos. Busca su contacto más directo y personal. Actúa con determinación, pero no de manera alocada. No quiere molestar a nadie. Se acerca por detrás, entre la gente, y le toca el manto. En ese gesto delicado se concreta y expresa su confianza total en Jesús.

Todo ha ocurrido en secreto, pero Jesús quiere que todos conozcan la fe grande de esta mujer. Cuando ella, asustada y temblorosa, confiesa lo que ha hecho, Jesús le dice: “Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud” (Mc 5.34).

Esta mujer, con su capacidad para buscar y acoger la salvación que se nos ofrece en Jesús, es un modelo de fe para todos nosotros.

Después de escuchar los dos ejemplos de fe, terminemos como pidieron los discípulos a Jesús: “Señor, auméntanos la fe” o también: “Señor, danos más fe” (Lc 17,5).